

19. El espacio abierto de la esperanza

“Te enviamos un joven recatado y, como se dice, ya instruido para su edad. Todo lo demás está en la esperanza.” (San Bernardo, Carta 537)

Esta nota de presentación que San Bernardo envía al Papa Eugenio III nos revela el secreto para que cualquier relación sea verdaderamente paterna o materna, es decir, capaz de generar plenitud de vida en los demás.

San Bernardo es un santo padre que escribe a otro santo padre, Eugenio III. Entre ambos se encuentra un joven que tiene, como todo joven, algún germen de buena virtud humana, ya sea por naturaleza o por formación ya recibida en la familia o en otra parte. Es un joven lleno de modestia, quizá en el sentido de tímido, un poco avergonzado, que no se atreve a presentarse a solas ante el Papa, y esto es comprensible. No parece tener las cualidades para ser un caballero combatiente o un líder. Pero su educación, superior a la normal, le muestra como un muchacho estudioso, que debió de pasar más tiempo leyendo y meditando que jugando o compitiendo con los jóvenes de su edad. San Bernardo no lo conoció bien directamente: quizá lo conoció cuando alguien se lo presentó y lo recomendó para que fuera a Roma y se pusiera bajo la protección o el servicio del Papa. Todo esto se deduce de lo poco que Bernardo dice de él. Pero el gran corazón de Bernardo al mirar a las personas le hizo ver más de lo que veía y oía. Vio que en este muchacho Dios puede hacer más de lo que se ve, de lo que es, de lo que sabe. Ha visto que se puede esperar mucho de Dios. Y así, Bernardo es como si transmitiera a este muchacho de su esperanza a la esperanza de Eugenio III, es decir, de su relación con Dios, de su oración y caridad, a la relación con Dios, a la oración y caridad del Papa.

También en el cuadro de van Gogh “Los primeros pasos”, se podía leer el pensamiento de San Bernardo entre la madre y el padre del niño, como si la madre dijera al padre: “Te envío a nuestro pequeño, un poco temeroso de caerse, pero sé que sus piernecitas ya son capaces de dar sus primeros pasos, y sobre todo te quiere mucho a ti, su papá. Todo lo demás es nuestra común esperanza de que camine, de que corra por el camino de la vida”.

¡Qué inmensa necesidad hay de esta mirada en el mundo de hoy, sobre todo para los jóvenes! Necesidad de una paternidad y maternidad que no se cierren sobre sí mismas, sino que dejen al joven un horizonte infinito para vivir plenamente, para crecer, para avanzar hacia Dios. Este espacio es una caridad llena de esperanza que ya habita en el corazón del padre, de la madre, y que ellos transmiten con la confianza con la que cuentan en la obra de Dios. San Bernardo podría haber guardado para sí a este joven, decirle que se quedara en Claraval, que se hiciera monje, que no fuera a Roma a estudiar para ser tal vez sacerdote diocesano o ...monseñor de la curia. San Bernardo respeta el espacio que Dios reserva a este joven, el espacio de vida y de camino misterioso que existe entre este joven y Cristo que le llama a seguirle. Es decir, respeta el espacio de la esperanza de Dios en él.

Al escribir a Eugenio III que “todo lo demás está en la esperanza”, es como si los dos pastores se unieran para acoger a este joven en lo más profundo de su relación con Dios, de su esperanza en Dios y, por tanto, en su oración.

Bernardo sabe que en el corazón del Papa este joven puede encontrar acogida, no sólo o no tanto material y logística, como cuando se recibe una beca, sino acogida en la esperanza de Eugenio III. Y esto es una gran caridad. Se ama verdaderamente a alguien cuando se le acoge en el espacio de la esperanza que permite a Dios llenar de gracia sus límites. En efecto, ¿cuál es el “lo demás” que siempre nos falta a cada uno de nosotros y que sólo podemos esperar de Dios? La gracia, el don del Espíritu. Mirar a un joven con esperanza, y a cada persona que encontramos, y especialmente a las personas con las que vivimos, significa dejar siempre el horizonte abierto a la gracia de Dios, a lo que Dios puede todavía y siempre obrar en esa persona, y también en nuestra relación con ella.

No hay nada más triste que pensar que para la otra persona ya no hay esperanza, que ya no hay nada más que esperar, aunque ahora no lo veamos. A veces esto falta en la mirada entre dos esposos, o entre los miembros de una comunidad. Cuando nos damos cuenta de esto, es bueno entonces caer en la cuenta de que lo que falta en la relación con esa persona es sobre todo nuestra esperanza, nuestra esperanza en Dios. Por eso es importante volver a pedir al Señor el don de la esperanza para ensanchar nuestro corazón y nuestra mirada hacia el prójimo.

Esto es importante también para no vivir una paciencia triste y estéril con nosotros mismos y con los demás, con los defectos propios y ajenos, una paciencia que se resigna a las limitaciones sin esperar nada más para nosotros ni para los demás. Esta paciencia resignada no es caridad y, sobre todo, se vive sin fe en el Señor, de cuyo amor siempre podemos esperararlo todo para nosotros y para todos, “esperando contra toda esperanza” como Abraham (Rm 4,18).